

Valparaiso, Abril 16 de 1879.

AMIGA MIA:

Ayer á las nueve de la mañana he llegado á este puerto, quizá el mas hermoso de todos los que he visto en mis dos viajes, despues del de San Francisco California.

Mas ántes de hacerte su descripcion, preciso es que te cuente algo sobre los episodios del camino que he traído del Perú á Chile, porque no dejan de ser interesantes.

Salimos del Callao, como te dije en mi anterior, el 7 del corriente á las seis

de la tarde, y al desprenderse el vapor hicieron los chilenos que venian en él imprudentes manifestaciones de odio contra los peruanos, tal vez con mucha razon, porque aquellos salian desterrados de Lima, perdiendo todo ó parte de sus intereses á virtud de un decreto que imprudentemente expidieron los segundos, al estallar la guerra, de que toda chileno radicado en el territorio del Perú, debia salir precisamente en el perentorio término de..... este plazo no lo sé aún; pero se cree que es muy angustiado por las escenas que he venido presenciando, que á la verdad parten el corazon, y que paso inmediatamente á referir.

Al otro dia que tocamos el primer puerto en nuestra ruta, serian las once y media de la mañana y ya nos esperaban multitud de familias chilenas en el muelle, con algunos de sus muebles mas precisos, como baules, algunos caires, camas, gallinas, etc.

Atracó el vapor, y acto continuo comenzaron aquellas á entrar á bordo:

venian personas de las diferentes categorías sociales y todas causaban compasión, porque traían pintado en el semblante el mal trato que habían sufrido desde la víspera que, habiéndoseles cumplido el plazo de salida, ni un momento más habían permitido los inhumanos peruanos que permaneciesen esos pobres chilenos en la población; por consiguiente, muchas personas estaban sin comer, desveladas y asoleadas, porque llevaban cerca de veinticuatro horas en la playa esperando nuestro vapor que debía conducirlos á Chile.

Los pasajeros, que de pechos sobre el barandal del buque presenciábamos el embarque de las familias, estábamos profundamente conmovidos al ver las huellas que en el rostro de las jóvenes y los niños habían dejado las afixiones de los días anteriores y la trasnochada de la víspera.

Considerábamos que la repentina publicación del decreto de ostracismo y el término tan corto que daba á los chilenos para salir de las ciudades y

poblaciones del Perú, no les daba tiempo para poder vender sus casas, los que las tenían, realizar la venta de sus muebles y de todos los objetos pertenecientes á familias, que llevaban veinte años de vivir en el país, pues que casi podían reputarse peruanas; que al querer vender sus propiedades y sus muebles, tendrían por precisión que buscar marchantes entre sus mismos enemigos los peruanos, y éstos, en virtud de lo estrecho del plazo del decreto, como es de suponerse, se valdrían de la ocasión para ofrecerles una miseria por sus efectos, dando por resultado, que muchas de aquellas personas que veíamos embarcar, de la noche á la mañana habían quedado arruinadas..... pero ¿qué digo? en este primer puerto y todos los demás, en que se embarcaron chilenos, había familias que habían salido, como dicen, con lo encapillado, y muchas no tenían al llegar á su patria ni con qué desembarcar, ni qué comer al tocar el puerto. ¿Qué harían al entrar á su país desconocidos de sus

compatriotas y extranjeros en él? ¡Morir de hambre, y los hombres tomar las armas para ministrar el pan á su mujer y á sus hijos y vengarse de sus implacables enemigos que los habian reducido á tan lastimoso estado!

Escenas iguales ó parecidas y áun otras con caracteres mas repugnantes, se nos fueron presentando en los demás puertos peruanos á la salida y embarque de los chilenos.

Unas veces tocábamos aquellos á las doce del dia y las pobres familias que esperaban el vapor en la playa ó en los puertos siempre desabrigados, yacian muertas de calor, de sed, desde hacia tres dias que los habian expulsado de la poblacion; en esa multitud se veian, como es consiguiente, ancianos achacosos, niños de pecho, enfermos y personas delicadas, sufriendo las penurias de la intemperie, del hambre, de la sed y, sobre todo, el dolor de verse arrancadas de su hogar por un decreto inconsiderado y dictado solamente por las pasiones ó la impolitica de los hombres.

que estaban en el poder, implicando en sus perjudiciales efectos á tantos inocentes que no tenian la menor culpa en las desavenencias de ambos gobiernos ni en la falta en las estipulaciones del boliviano respecto del chileno.

A veces llegábamos á media noche á un puerto, y á esa hora, incómoda por la oscuridad, tenian que embarcarse con mil trabajos las familias que nos aguardaban.

Nuestro vapor era de dos mil y tantas toneladas apénas; con esto, no podia mas porque llevaba cerca de 3,000 personas á bordo literalmente unas sobre otras, pues no solamente se llenaron las bodegas, que con anticipacion desocuparon del cargamento que contenian dejándolo en un puerto, si no los camarotes de primera y de segunda, la cubierta, en donde la gente iba hacina da sobre colchones, mesas, esteras que impedian el paso, y presentaba aquello el aspecto de un mercado ó mas bien un tumulto; hasta el techo de los cama-

rotes de sobrecubierta iban ocupados y el mismo comedor.

Uno de los días que tomamos gente á bordo, que serían las dos de la tarde, llegaron muchas personas decentes que pidieron su pasaje en la primera cámara; pero como estaba ocupada hacia tres días, y otros individuos que pidieron la misma con anterioridad, iban sobre los techos recostados ó sentados en los colchones, las colocó el capitán en el comedor hasta debajo de las mesas, y esta ocupacion del dicho comedor, dió ocasion á lo que vas á oír en seguida.

Como los pasajeros que íbamos en camarote de sobrecubierta teníamos que estar presos en él porque no podíamos dar un paso fuera de la puerta á causa de que la gente estaba aglomerada hasta junto al quicio, cuando se llamaba á almorzar y á comer, teníamos que pasar con gran incomodidad á través de la multitud por entre colchones, sillas, etc.; y esto era causa de que rara vez fuéramos al comedor si no era á la hora de desempeñar esas funciones;

pues bien, en un medio día que atracó el vapor en una poblacion y que entró mucha gente como de costumbre, no habiendo ya localidad, el capitán acomodó en el comedor á muchas de las personas decentes que solicitaron camarote. Dieron las cuatro de la tarde, sonó la campana para comer, nos dirigimos los pasajeros de siempre, y cuando llegamos al salón encontramos ocupados todos los asientos.

Volvieron á poner otra mesa, y tampoco hubo lugar de sentarnos á comer porque todo era desorden.

Protestamos los hambrientos.

Pero fué en vano, porque el capitán se volvió cabeza, y cuando él ordenó que se nos diera de comer, ya la comida se habia concluido, por lo que ese día perdonamos y quedó nuestro estómago vacío.

Poco ántes de llegar á las costas de Chile, ya nuestro vapor no podía contener la muchedumbre que llevaba á bordo, pues como he dicho, estaban llenas todas las localidades.